

Palabras de Aniversario

Al aparecer la presente edición, ANCORA habrá llegado al décimo año de su existencia. Parece que fué ayer, como siempre decimos, y, no obstante, dos lustros ya nos separan de aquel 30 de octubre en que, sin el dictado ni capricho ajeno, y sin el apoyo de nadie, salimos a la calle por propia vocación, dispuestos a ofrecer a la ciudad la ayuda inestimable que, pese a los avances actuales de la visión y de la palabra, continua siendo la frase impresa.

Para valorar una cosa, no hay como realizar mentalmente el esfuerzo de verla desaparecida. Y, si además tenemos en cuenta que en esta generación no abunda el voluntariado, y que muchas cosas buenas ya no interesan ni despiertan el fervor de nadie, llegaremos pronto a la conclusión de que nuestra presencia algo importa y de algo vale.

Quien mire nuestra actuación, solo por la superficie, errará al creer que nuestro esfuerzo no valía la pena. a juzgar por lo poco que hemos conseguido. ¿Pero, a nosotros, ello qué nos importa? Lo que conviene es a cada momento pronunciar la palabra que se merece. Y lo que importa, más que el pensamiento actual, es el juicio definitivo que en su día nos formará la historia.

Si poco, en verdad, hemos logrado, no cabe olvidar que también es mucho más lo que hemos evitado. Y esta, digamos, compensación, tampoco, a nuestro juicio, resulta despreciable.

Así es que al inaugurar los diez años de nuestra vida, renovamos a la ciudad nuestros fervores, a la par que nos sentimos satisfechos de que, tanto cara a los propios como a los de la ciudad ausentes, hayamos podido darles ese vínculo de familia que son y seguirán siendo, por propia satisfacción, estas páginas de ANCORA.

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS 1 DE NOVIEMBRE 1956 - NÚM. 457 - AÑO IX

LA LITERATURA ENTRE LOS MUERTOS

EPITAFIOS

El «*epitaphio*» (*epi*, sobre y *Taphos*, sepultura) fué dición de los griegos y significaba entre ellos la inscripción puesta sobre un sepulcro o en la lápida colocada junto al lugar donde estaba enterrado un cadáver. Juan Pontano, célebre poeta e historiador italiano del siglo XV, lo define con mayor amplitud. El epitafio —dice— es el métrico epigrama o composición poética que se escribe para los sepulcros, señalando con gravedad el nombre del difunto, su edad, sus méritos, sus dignidades, las alabanzas del ánimo y del cuerpo, y otras particularidades de esta suerte, acompañándolos las más de las veces de lástimas, quejas y lamentaciones y exprimiendo los afectos y los efectos de un vehemente dolor.

El siglo pasado en particular fué pródigo en los epitafios donde se manifiestan las virtudes del fenecido y la pena de los vivientes. Además, solían con ellos los poetas indignarse contra las Parcas o contra la misma Muerte, hablando de sus causas, maldiciendo las guerras o cualquier otro suceso atroz. Estas inscripciones, adobadas a veces con interrogaciones agudas y penetrantes sentencias, consolaron a los que se lamentaban del ocaso del sepultado, simbolizando a la par el sempiterno coloquio, ora con los que se paran delante del sepulcro, ora con la Patria o con la Eternidad, tal vez con el mismo túmulo.

Compónese el Epitafio de muchos géneros de poesía por corresponder a cada estado de personas en particular, ofreciendo así ancho campo y completa libertad para dar pábulo al sentimiento. Pero, ¡ay! Esa libertad, tolerada desde los tiempos remotos, libre de toda censura, parece privativa de las sagradas ciudades de los muertos porque solo en ellas se admiten las más disparatadas inscripciones en menoscabo del buen sentido y del correcto lenguaje. Parece ser que en ninguna parte más bien que en los sagrados recintos pudo prescindirse de las reglas más elementales de la composición, cuando no del sentido común.

Conste que al ocuparnos, en vísperas de la Conmemoración de los Fieles Difuntos instituida a dos de Noviembre del año 998, de la indolencia perseverante en quienes debieran haberse preocupado en lo posible de que los cementerios se vieran libres de lo que supone una ofensa a la cultura literaria, no hemos de referirnos en particular a la Necrópolis de es-

ta ciudad. Ciertamente, aunque al parecer no abunde en ella todo aquello que pueda ser considerado como acabado modelo de retórica o del estilo clásico, nada en cambio desdice de la tónica de sus sepulturas. Muchas de sus lápidas, aun las más antiguas, aparecen con lenguaje sencillo y claro acomodado al santo lugar, libres de inscripciones necias y perniciosas, susceptibles de turbar el sentimiento de paz y de tranquilidad que allí debe prevalecer, o de profanar las preces y las flores que el recuerdo y el cariño de los vivos ofrece a los difuntos.

No son pocas las lápidas que el lector avisado habrá tenido el disgusto de leer, que son muestra del mal que aún hemos de lamentar y que hace patente y manifiesta la inconcebible indiferencia con que la gente ilustrada las toleró, callando y otorgando con su silencio la repetición de tales despropósitos. Cuantas veces, habiendo visto un cementerio y penetrado en él para ofrecer una plegaria por sus difuntos, alguna de aquellas chambonadas habrá sido causa de que despectivamente hiciéramos memoria de ciertas historias espeluznantes, del jaez de la que nos muestra a dos mujeres pleiteando por la tumba o por el cuidado de la tumba de un hombre del que ambas habían sido amantes, y por donde se vé hasta qué punto suelen llegar los arrebatos de la humanidad!

Séanos permitido detenernos en una inscripción que puede darnos un ligero testimonio de los argumentos apuntados cuando así empieza:

«AQUI YACE UN ANGEL,»

Pensará el que no se hubiere visto ya en el trance de apechugarlo, cuan poco castizo y correcto debía ser el autor de semejante desatino. Poco conocimiento tendría en efecto, dicho sujeto de la estima que al Señor le merecen sus predilectos y de su existencia incorpórea cuando de este modo los materializó y sin compasión los enterraba, y muy olvidada la tendrían por su parte los cultivadores de las letras en los días en que se labró aquella lápida cuya exhibición permitieron o no desaprobaron, con ser los ángeles las criaturas primogénitas de Dios, en virtudes las más eficaces, en fuerza las más poderosas y en inteligencia las más admirables. ¿Podría la tie-